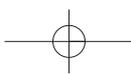


ciencias sociales y sociedad

Las declaraciones estivales del flamante ministro de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva reactualizaron el debate sobre la relación entre las ciencias sociales y la sociedad: su utilidad y la validez de sus métodos.

Ya apagados los estertores mediáticos de la necesaria respuesta pública, convocamos a investigadores de nuestra Facultad y de otros campos de conocimiento para que nos ayuden a repensar cuál debe ser el rol de las ciencias sociales en el marco del sistema científico nacional y, muy especialmente, como contribución al mejoramiento de las condiciones de vida del pueblo que con su esfuerzo sostiene su financiamiento.



Pensando las relaciones entre ciencias sociales y sociedad

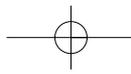
por Ricardo Sidicaro*

Cuando se plantea la relación entre las ciencias sociales y la sociedad invariablemente surge la cuestión de su utilidad. El debate existe no sólo con las mal denominadas ciencias duras sino también en el propio campo de las ciencias sociales. ¿Para qué las ciencias sociales?, es una pregunta que suscitó muchas respuestas de índole distinta. A quienes creemos en las funciones socialmente emancipadoras de dichas ciencias no se nos oculta que esa no es su práctica más generalizada. Es fácil observar que las ciencias sociales se emplean más al servicio de los actores política o económicamente dominantes que de quienes se hallan en las situaciones sociales más desventajosas. Pero esa constatación no niega lo correcto de la idea de que el conocimiento de lo social, cuando está construido rigurosamente, devela aspectos de la sociedad normalmente ocultos, es real o potencialmente crítico y puede favorecer la acción de quienes desean modificar el orden social. Esa es una de las causas por las que en los regímenes totalitarios o autoritarios se impide el desenvolvimiento de las ciencias sociales, ya que se capta su interés por intervenir en la marcha de la sociedad.

El problema de la utilidad de las ciencias sociales se ha convertido recientemente de nuevo en un tema de discusión en el que se mezclan muchas cuestiones. El riesgo, al respecto, lo constituyen lo que denominaremos las falsas dicotomías que se establecen a veces por error o desde iniciativas interesadas, cuando se habla de renovar, en general, las funciones sociales de la ciencia en nuestro país. Los imperativos de la llamada *sociedad de conocimiento* trajeron de nuevo preguntas sobre las características de las ciencias, tema, por cierto, no siempre bien planteado en la comunidad científica. Comencemos por señalar que no es un buen punto de inicio plantear los pares *ciencias duras-ciencias blandas, cien-*

cias básicas-ciencias aplicadas, ya que detrás de esas divisiones, más administrativas que epistemológicas, parece haber más intereses sectoriales que fundamentos científicos. Si es cuestión de ciencia, la exigencia de encuadres teóricos con adecuada capacidad heurística, de métodos de indagación pertinentes, de técnicas experimentales u observacionales productivas, son exigencias que unifican el desenvolvimiento de *duras-blandas y de básicas-aplicadas*. En todos los casos, se trata de elaborar conocimientos tentativos, discutibles, provisorios y, obviamente, superables en la medida que conducen a puntos de llegada a partir de los cuales otros harán sus puntos de partida, ya que la ciencia consiste en formular preguntas allí donde hay respuestas. La diferenciación *duras-blandas*, no hace al carácter de ciencia sino a la definición ontológica de sus objetos. *Básicas-aplicadas*, remite a dominios del ejercicio del quehacer científico y, si son ciencias, trabajan con los criterios antes mencionados y aspiran a ampliar las fronteras del conocimiento.

Los operadores de ciencias duras o blandas, y básicas o aplicadas, pueden tener, es cierto, disímiles reconocimientos sociales derivados, justamente, de las ideologías ordenadoras de esas prácticas. La dicotomía *ciencias básicas-ciencias aplicadas* no resiste los análisis rigurosos y al respecto se suele dar el ejemplo de Pasteur que investigaba la fermentación de la cerveza y se encontró con el descubrimiento de la penicilina y de los antibióticos, uno de los hallazgos más importantes de la historia de las ciencias. Por cierto, para hacer tal avance era necesario saber ciencia y, de ningún modo, cabe explicar ese logro por la casualidad. Si por ciencia aplicada se denomina un estudio más inmediatamente útil, motivado por el interés en intervenir en la realidad, no cabe duda que los requerimientos del quehacer



científico no pueden estar ausentes. En el libro *Sobre ciencia*, Barry Barnes resume bien el problema de la falsa dicotomía entre ciencias básicas y aplicadas cuando dice que la imagen vulgar de la ciencia básica era en otros tiempos fundamentalmente la de una cosmología: "Es cierto que conservamos un respeto saludable por la física de las partículas elementales y le concedemos una posición de especial relevancia en la jerarquía de las ciencias. Pero ahora somos mucho más conscientes de que el conocimiento es tanto saber cosas (know-what) como saber utilizarlas (know-how), y que esa acumulación de capacidades operativas constituye un avance del conocimiento en la misma medida que la acumulación de observaciones e información" (Barcelona, Labor, 1987, p.107). Algunos sociólogos solemos recordar la investigación de Marie Jahoda y Hans Zeisel, dirigida por Paul Lazarsfeld, sobre los desocupados de Marienthal, de comienzos de la década del 30, que más allá de sus evidentes fines prácticos, aportó avances notables en la comprensión de la subjetividad de quienes quedan excluidos del mundo del trabajo.

La diferencia entre ciencia básica y ciencia aplicada es difícil de sostener cuando se analiza el desarrollo histórico de las ciencias sociales. Desde los padres fundadores a los autores actuales, la preocupación que motivó sus investigaciones fue la preocupación por intervenir en el desenvolvimiento político y social de sus sociedades. Comte elaboró sus ideas con el expreso deseo de mejorar las sociedades de su época. Marx fue el primero que se propuso elaborar un conocimiento científico de lo social a los efectos de presentar una visión del mundo favorable a las clases subalternas. Emilio Durkheim resumió su idea sobre la productividad teórica de las motivaciones del científico hacia la resolución de problemas sociales diciendo

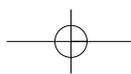
que *no encuentra nada en la sociología quien no quiere algo de la sociedad*. Las teorías de Weber tenían en el centro de su preocupación aportar elementos para la construcción del Estado-nación alemán. Desde esos precursores hasta nuestros días, son muchas las corrientes de ciencias sociales que con sus explicaciones desencantan el mundo social. Para evitar malos entendidos científicistas, digamos que la mayoría de las grandes transformaciones sociales no se hicieron a partir de análisis científicos, sino de propuestas que no pocos en las ciencias sociales debieron considerar utópicas.

La pregunta sobre cuál es la relación entre las sociedades y las ciencias sociales no puede recibir una respuesta única y uniforme. En principio existen distintas esferas en las que las ciencias sociales se vinculan a las sociedades y, por otra parte, dentro de lo que se denomina sociedad cabe distinguir diferentes planos de prácticas sociales. Para decirlo de un modo simple, las ciencias sociales encontraron sus mejores condiciones de desarrollo allí donde la libertad de opinión fue una de las características de los espacios públicos y la acción de los aparatos estatales y de los grandes actores de la sociedad civil tendieron a orientarse según criterios de racionalidad instrumental. Los científicos sociales hicieron aportes al desarrollo de sus sociedades en las guerras mundiales, en las grandes crisis socioeconómicas, en las campañas de desarrollo social, y sus actividades de producción de conocimiento ligadas al desenvolvimiento estatal o a la reconstrucción de los tejidos sociales contribuyeron al desarrollo de sus disciplinas. Esto no pasó siempre necesariamente así: durante la guerra fría, en EE. UU. las ciencias políticas mostraron los efectos científicos más negativos debido a su sumisión a los objetivos del Estado, en tanto que desde mucho antes el marxismo perdió su carácter científico al ser sometido a

los intereses de la burguesía de Estado soviética.

Cerramos. Usando las clasificaciones que cuestionamos, se puede afirmar que las ciencias sociales son básicas, si con tal término resaltamos la dimensión teórica, analítica y de producción y formalización de conceptos, pero, a la vez, son aplicadas ya que sus conocimientos se constituyen para dar respuestas útiles para el desenvolvimiento de sus sociedades. Sería de lamentar que las equivocaciones y lugares comunes con los que todavía se piensan en nuestro medio a las ciencias operen restando jerarquía científica a las ciencias sociales. Puesto que tal como decía Pierre Bourdieu para la sociología, y mostrando su gusto por la repetición de palabras, son las únicas ciencias que en razón que se duda sobre su carácter de ciencias, piensan más que otras en los requisitos exigidos para hacer ciencia. CS

* *Profesor de Análisis de la Sociedad Argentina en la Carrera de Sociología. Secretario de Investigación de la Facultad de Ciencias Sociales.*



Apuesta por la *utilidad* de la producción tecnocientífica en nuestro país y en nuestra región

por Mario Heler*

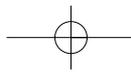
Todavía hoy sigue resonando la vieja idea de la *búsqueda desinteresada de la verdad* en relación con la práctica científica. Incluso ahora que esa práctica entabla abiertamente sus relaciones con el mercado; incluso ahora, que su gestión y administración social la circunscribe a la producción eficiente de innovaciones tecnológicas, necesarias para sostener la reproducción del capital.

El neologismo "tecnociencia" apunta a cuestionar la separación entre ciencia y tecnología que se expresa cuando se hace referencia a ellas vinculadas por medio de la conjunción "y". Su fusión en una sola palabra (en una sola práctica) rompe con la idea de una transformación *mágica* de conocimientos "puros" en tecnologías -esto es, en procedimientos prácticos para el control y el dominio de fenómenos naturales y sociales. Lo hace al dejar entrever que si la ciencia adquirió, desde los comienzos de la modernidad, un papel cada vez más preponderante, fue porque se encargó de la producción de conocimientos *útiles* para la sociedad. Ahora, cuando la mercantilización se extiende a todos los ámbitos de la vida, esa utilidad de los productos científicos se reduce a la *mera eficiencia* que permite *poner en valor* los productos tecnocientíficos, y a la vez su producción y sus productores.

El problema en la actual relación tecnociencia-sociedad no se manifestaría entonces cuando se desvirtúa el quehacer científico alejándolo de la búsqueda desinteresada de la verdad y mezclándolo confusamente con las *interesadas* tecnologías. Por el contrario, el problema se genera cuando la característica distintiva de la ciencia moderna, su utilidad social,¹ pasa a medirse exclusivamente por la eficiencia, es decir, cuando se la considera como mera productora de mercancías.

Útil es aquello que *sirve* para *algo*. En este sentido es *eficaz*: produce efectos. Pero la relación entre lo útil y sus efectos, los fines, pueden entenderse

como un vínculo meramente *instrumental* (el fin justifica los medios) o bien comprenderse que los medios (instrumentos) son *parte* de los fines. En este caso, no son los fines los que justifican los medios, puesto que los medios empleados también determinan los fines: la meta involucra los medios con que se la alcanza. En esta habitación recíproca de medios y fines, la *utilidad* adquiere un sentido más amplio y profundo que la mera relación instrumental, engendradora de monstruos.² Entonces se puede pensar lo *útil* como un haz de relaciones de medios y fines que potencian la producción. Y la potencian en tanto resultan afirmativos de las fuerzas que la generan, en tanto hacen posibles nuevas producciones con nuevos productos y acrecientan las capacidades de los productores, estableciendo diferencias, excediendo lo dado, abriendo nuevos procesos. La tecnociencia brinda utilidad si los medios y los procedimientos de que se vale potencian su producción, si la preservan y abren posibilidades fructíferas a la producción de conocimientos y a sus productores en tanto que tales, estableciendo diferencia, generando un plus cualitativo, en las posibilidades sociales, grupales e individuales existentes.³ Pero la exigencia de *productividad* del mundo moderno, de nuestro mundo, responde en el capitalismo a la exigencia de *eficiencia*, haciéndose dominante la relación instrumental. De esta manera se provoca una simplificación reduccionista del sentido de utilidad al que aludo, pues al concentrarse en los productos obtenidos, la eficiencia oculta las transformaciones en el proceso de producción y en los productores, transformaciones que son causas y efectos de la diferencia que genera una producción; en fin, inscribe la diferencia en la identidad. Es que la *eficiencia* asocia el cálculo *costo-beneficio* a la mera relación instrumental entre medios y fines. El imperativo que así se expresa



en el deber de producir con el menor costo y el mayor beneficio. Pero la posibilidad misma del cálculo supone establecer *equivalencias* capaces de cuantificar los costos y los beneficios de la producción científica. La apelación a la necesidad de control y certificación de su excelencia, de sus cualidades, es únicamente declarativa, puesto que las pérdidas y ganancias se determinan en función del incremento del capital.⁴

Con la *eficiencia* se prioriza sólo un aspecto de la *utilidad* potenciadora de las actividades humanas. La utilidad de los conocimientos científicos, tanto sobre la naturaleza como sobre la sociedad, consiste en brindar la capacidad para solucionar problemas prácticos de la sociedad a través de la predicción de fenómenos. Las predicciones son *necesarias* para la producción y reproducción de una sociedad que dice brindar un lugar preponderante a lo nuevo (lo moderno) como consecuencia del reconocimiento de lo propiamente humano en sus posibilidades de producción. Y si bien esa producción requiere algún tipo de control que la potencie, y entonces el control *sirve a la producción humana*, con el primado de la *eficiencia*, el control *resulta útil al dominio*.

La diferencia se haya entonces entre un control que sea *útil a la producción* y un control que sea *útil al dominio*. Un saber de las cosas y los hombres

capaz de un cierto control, flexible y cambiante, al servicio de la producción, de su potenciación. O bien, un control que logre retener el movimiento de la producción dentro de ciertos carriles que conduzcan su movimiento en dirección a la permanencia de la dominación. En este último caso, se trata -como vengo señalando- de una reducción a un aspecto de la *utilidad*, sólo a la *eficiencia* y, consecuentemente, supedita la utilidad a la *eficiencia*: la *eficiencia medida de la utilidad*. Mecanismos para la conservación del *statu quo*, dispositivos para integrar toda innovación y cambio en la dinámica del actual capitalismo.

El predominio de la eficiencia es útil al dominio. Pero con tal predominio, las resistencias no desaparecen. Preparan su oportunidad. En el *campo tecnocientífico*, en la supeditación de su producción a la acreditación,⁵ la *utilidad* virtual de su producción puede aún poner trampas a la eficiencia si mientras aparenta perseguir la acreditación, activa las potencias humanas de producción. Precisamente, para poder más, apostando a posibilidades decretadas como imposibles. En estas peligrosas e inseguras estrategias tramposas (tramposas desde la perspectiva de la acreditación) se puede llegar a *ser consecuente*⁶ con la *dimensión ético-política*⁷ de la práctica científica.

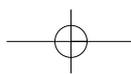
Desde esta interpretación, la creación

de un Ministerio Nacional de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva responde a las demandas del actual capitalismo globalizado (bajo la fórmula "I+D"). Apuesta, por ende, a la eficiencia. Es tal vez una ingenuidad suponer que podría estar destinada a solventar una producción tecnocientífica *útil* para nuestro país y los de la región (así como las protestas frente a las declaraciones del flamante ministro podrían entenderse únicamente como una estrategia de posicionamiento ante la próxima distribución de mayores recursos). No obstante, su creación abre un nuevo frente de lucha en la construcción de una tal utilidad, en defensa de una *producción tecnocientífica situada*, esto es, que no reniegue de su inscripción en particulares coordenadas geopolíticas.

Están en juego entonces los modos en que la tecnociencia como parte de la sociedad se relaciona con las distintas facetas de lo social, así como con los hombres y mujeres que participan de ellas desde sus diferentes posiciones. Apuesto entonces por una lucha *por la utilidad* contra la *eficiencia* elevada a único patrón de medida. ES

* *Profesor de Filosofía Social en la Carrera de Trabajo Social.*

-
- 1- He desarrollado este carácter distintivo de la "ciencia moderna", así como las nociones de "utilidad" y "eficiencia" que uso en lo que sigue, en HELER, M., *Ciencia Incierta. Una práctica social*, Bs. As., Biblos, 2º Edición: 2005.
 - 2- Cf. HORKHEIMER, M. y ADORNO, T. *Dialéctica de la Ilustración*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987.
 - 3- Cf. HELER, M., "Ensayo sobre la lógica de lo excedente", *Revista Estudios de Filosofía Práctica e Historia de las Ideas*, INCIHUSA-CRICYT, Mendoza (enviado para su publicación).
 - 4- Además, tal cálculo impone una restricción a la dimensión temporal: el largo plazo es un plazo cuantificable y por lo tanto relativamente breve, por ejemplo frente a sus efectos a través de generaciones. Cuentan los réditos en lo inmediato, a lo sumo en lo inmediatamente mediato.
 - 5- Cf. HELER, M., "Entre la producción y la acreditación", en *Cuadernos del Sur-Filosofía* N° 34, Bahía Blanca, 2005, pp. 77-94.
 - 6- BADIOU, A., "La idea de justicia", en *Acontecimiento. Revista para pensar la política*, N° 28, 2004, Bs. As., Grupo Acontecimiento, pp. 9-22
 - 7- HELER, M., "El orden moral-policial y la dimensión ético-política", en AMBROSINI, Cristina Marta (compiladora), *Ética. Convergencias y divergencias. Homenaje a Ricardo Maliandi*. Universidad Nacional de Lanús, en prensa.



Privatización de la ciencia o la neo-"colonialidad del saber-poder"

por Susana Murillo*

El país requiere de una política científica integral¹. Pero su trazado debe afrontar obstáculos que la dificultan. Uno de ellos es la creciente privatización del conocimiento en sus diversas manifestaciones.

Documentos de organismos internacionales establecieron sobre la base de dudosos indicadores "empíricos", que las políticas debían sostenerse en un trílogo: Estado- sociedad civil-mercado, "coordinado" por este último. En este contexto, se profundizaron varios de los conceptos característicos de la modernidad, que instaló la "colonialidad" del saber y del poder². Uno de ellos ha sido el concepto de "raza", categoría fundamental a través de la cual el pensamiento científico moderno clasificó a la humanidad a través de la invención de conceptos como el de "Eu-

ropa", "Occidente", "Oriente", "civilización". Estas ideas construyeron en tiempos de expansión colonial la imagen del "otro" que daba sentido a la mirada en espejos del mundo civilizado, su ciencia, su tecnología y sus métodos, que si bien no aseguraban la posesión de la verdad, si posibilitarían el acercamiento a ella. En ese contexto, los saberes de los "otros" fueron desvalorizados, a la vez que la Ciencia era pensada como "patrimonio de la humanidad". Eran tiempos en los que los Estados más poderosos de la Tierra constituían sus sociedades científicas como instrumentos para sostener sus economías y en relación a ellas la expansión colonial y el ejercicio del gobierno de las poblaciones.

Respecto de ello aquí sólo me interesa señalar que si la idea de la *ciencia como patrimonio de la humanidad*, más allá de las buenas intenciones, fue acorde a la expansión del capitalismo colonial, hoy la situación es distinta. La *privatización de la ciencia* es un fenómeno asumido por los laboratorios científicos, agencias políticas y empresas como un fenómeno necesario para que el mercado mundial crezca y con él "disminuya el flagelo de la pobreza".

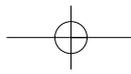
Se trata de un nuevo capítulo de la colonialidad del saber-poder. Este capítulo tiene al menos dos direcciones. Por un lado, los saberes de "los otros" ya no son despreciados. "La voz" de los pobres, de los pueblos originarios es valorizada. Por otro, se sigue sosteniendo una visión lineal de la historia según la cual las instituciones latinoamericanas serían deficientes debido a sus orígenes "ibéricos" y a su mestizaje. La solución radicaría en imitar las instituciones del Norte y aceptar sus recomendaciones en materia de política, uno de cuyos capítulos es el de política científica.

Esta neo-colonialidad del saber-poder incluye la privatización del proceso de Investigación y Desarrollo (ID), ligada al proceso de "internacionalización" de la misma; fenómeno vinculado a la

"globalización" y al nuevo rol del Estado. El proceso transforma en propiedad privada de Empresas Transnacionales (ET) los productos de la ID.

Países como EE.UU. y Japón destinan fondos federales a la investigación y al desarrollo ligados a la producción, a fin de aumentar la productividad industrial y posibilitar una mayor competitividad a sus empresas.

Desde hace varios años, a nivel internacional, la privatización del conocimiento se está expresando en varios aspectos: a) De modo creciente, las empresas privadas a través de diversos mecanismos determinan la selección de proyectos de investigación y su evaluación en función del potencial éxito comercial. b) Se ha ampliado el intercambio entre empresas y organismos de investigación y la tendencia dominante es la privatización de los derechos de propiedad intelectual. Los gobiernos de EE.UU., Japón y de países europeos han adoptado políticas que incrementen la investigación ligada a la innovación; subsidian a los propietarios de proyectos de ID del sector privado, que puedan aumentar la competitividad de las empresas. Los derechos de propiedad intelectual protegen a las empresas y universidades privadas que han celebrado convenios con el gobierno y han obtenido fondos de éste para la investigación. c) En la misma línea de privatización del conocimiento se encuentran los contratos de colaboración científica entre organismos pertenecientes a países centrales e institutos o individuos de países periféricos, dichos contratos ponen en dependencia total del extranjero a los investigadores de la periferia, pues son los países centrales quienes definen las metas de investigación. La construcción de "indicadores de ciencia y tecnología" puede ser leída en esa clave. Una de las consecuencias es la ruptura de lazos solidarios en el mundo académico latinoamericano; la competencia por becas y subsidios se naturaliza, al tiempo que el tedioso llenado de formularios re-



emplaza a la investigación genuina. d) Los grandes consorcios y organismos internacionales valoran estratégicamente el conocimiento de los *territorios*, esto conduce a articular saberes que la modernidad escindía, como "naturaleza" por un lado y "cultura" por otro. Hoy esa división, hija de la ciencia europea moderna, se diluye, pues la noción de "territorio" así como la de "seguridad" amalgaman fenómenos biológicos, ambientales, culturales, sociales, políticos. Complementariamente, las nuevas formas de colonialidad del saber-poder, reconocen la importancia de los saberes que sobre el territorio portan los pobres, las mujeres, los pueblos originarios. Por ello reclaman su incorporación y articulación con los saberes "científicos" acerca de lo "social" y lo "natural". Para ello se valorizan las técnicas cualitativas, los estudios de casos; cobra importancia la formación de "traductores culturales", tarea que al ser realizada por científicos sociales los transforma en "técnicos". La estrategia ya no consiste en denegar a los oprimidos de la tierra, ahora se trata de reconocerlos, incorporarlos y procesar sus saberes, para luego construir estrategias ligadas a la dominación del territorio. La multiculturalidad se torna así una categoría reconocida por los centros científicos más destacados del mundo.

Ciencia básica, ciencia aplicada y tecnología

Si bien ciencia básica, aplicada y tecnología se articulan, tienen también especificidades. De manera que el proceso de privatización las afecta de diverso modo.

Algunos gobiernos de países "emergentes" tradicionalmente han invertido más en *ciencia básica* (CB). A la inversa, los gobiernos de países centrales

en general lo han hecho más en desarrollo experimental. La investigación básica implica un mayor grado de incertidumbre en cuanto a sus resultados y a menudo gran demora en la apropiación de los mismos. Es así, que hasta hace unos años la CB se desarrollaba fundamentalmente en laboratorios públicos, países como la Argentina tuvieron un destacado lugar en este aspecto. Sin embargo, las tendencias actuales, a partir del proceso de privatización de la Ciencia, tienden a que las entidades gubernamentales financien proyectos de investigación a través de contratos con empresas, que conducen a una apropiación privada de los resultados, con el consiguiente secreto de los mismos.

En ese contexto, y a pesar de haber recibido asistencia política y financiera, de la ONU, la OEA, el BM y el BID, se afirma que los países latinoamericanos no han podido generar sistemas de ID efectivos, y ello es asociado en documentos de organismos internacionales a la desconexión de los mismos respecto de la sociedad en la que están incluidos. Sin embargo, es dable pensar que tal desconexión es precisamente una consecuencia de la división internacional del trabajo científico, bajo la hegemonía de las grandes potencias. Los centros de CB que alcanzan un alto nivel de calidad, están casi siempre estrechamente conectados con los sistemas científicos de los países centrales, fundamentalmente en los aspectos temáticos. Ahora bien, una política científica integral necesita construir un Sistema Nacional de Innovación articulado con otros de la región que priorice las necesidades populares. Para lograrlo la CB es fundamental, pues el acento puesto en "problemas prácticos", desconectados de una estrategia firme tanto a nivel cognoscitivo como

político, alimenta los planes de grupos que sólo están animados por mezquinos intereses económicos.

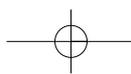
Si tomamos como unidad de análisis la *tecnología*, vemos que las ET, apoyadas por los Estados de los países centrales, tratan de mantener el dominio de sus activos tecnológicos y para ello desarrollan prácticas comerciales tales como las ventas empaquetadas, el condicionamiento de asistencia técnica, la obligación de comprar determinadas maquinarias y/o materias primas, la repatriación ilegal de utilidades, restricciones para exportar, o para importar, que lesionan la balanza de pagos de los países "emergentes". Las patentes han sido una herramienta prioritaria para que las ET logren posiciones monopólicas y controlen los mercados de los países "subdesarrollados". Lo mismo ha ocurrido con las *marcas*. Todo ello genera pagos cuantiosos de divisas.

La pregunta que nos desafía es entonces: ¿cómo construir una política científica integral que revierta esta tendencia privatizadora y tome como objetivo las necesidades reales de los pueblos de América Latina y de la humanidad en su conjunto? 

* Profesora de Saber, poder y gobernabilidad. Foucault y la teoría crítica y de Cuestión social, gubernamentalidad y construcción de subjetividad en la Carrera de Sociología.

1- Murillo, Susana "Una política científica integral" en *Página/12*, 4 de marzo de 2008.

2- Lander, Edgardo (2000) *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, CLACSO/ UNESCO.



Ciencia y política: unas relaciones controvertidas

por Susana Villavicencio*

Dos mitos simétricos atraviesan nuestra sociedad. Según el primero, sostenido por los mismos investigadores, es necesario proteger la actividad científica de toda contaminación por parte de las ideologías, los intereses, las pasiones, las modas. Según el segundo, mantenido por una cantidad de autoridades morales, intelectuales y religiosas, por el contrario, es la sociedad y sus valores que conviene proteger contra las consecuencias del progreso incontrolado de la ciencia y la tecnología. Frente a una u otra posición, consideramos que la ciencia no está ni fuera ni contra la sociedad, ella está simplemente en la sociedad, y los lazos que se tienden entre ambas son varios y fundamentales.

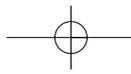
Una muestra de ello son las reacciones que ha suscitado la creación por parte del nuevo gobierno de un ministerio de *Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva*, la nominación de un científico con amplio crédito en la comunidad de investigadores como su titular, y la enunciación de objetivos que priorizan la investigación científica orientada al desarrollo y la innovación tecnológica. La preocupación del poder político respecto de la función de la ciencia en cualquier proyecto de desarrollo sustentable en democracia es concomitante con la expectativa que surge en las instituciones y los organismos que se ocupan de la ciencia (entre ellos la tantas veces postergada universidad pública), frente al reconocimiento de esa condición fundamental para la ciencia de estar inserta en su sociedad. En los últimos meses la comunidad científica ha expresado su consentimiento con esta decisión política, a la vez que se ha abierto en cierta forma un debate sobre estas controvertidas relaciones entre ciencia, política y sociedad.

Digamos, en primer término, que la relación de ciencia y política marca el final de un paradigma, aquel de la ciencia pura, incontaminada de los efectos ideológicos que impregnan

otras formas del saber: un modelo de la ciencia que separa radicalmente sus verdades de todas las demás formas de conocimiento. Este paradigma distingue la ciencia "hecha" de la ciencia que "se hace", en otros términos, las verdades de la ciencia que se fundan en su lógica de validación son independientes de aquellas circunstancias que han contribuido en su descubrimiento y formulación. Así, el llamado "contexto de descubrimiento" es dejado a la historia de la ciencia, o se relegan al plano de anécdota todas aquellas circunstancias que contribuyeron a la formulación de las verdades científicas.

Declarar la inadecuación del modelo clásico de la ciencia significa también reconocer la incidencia del contexto en la ciencia "que se está haciendo", para comprender de ese modo sus lazos con la sociedad. En este punto la ciencia nos aporta poco sobre la práctica de la investigación científica, sin embargo, la sociología de la ciencia ha mostrado que los científicos están comprometidos en redes socio-tecnológicas que sobrepasan las fronteras clásicamente establecidas entre ciencia y política, y que la verdad científica no escapa de las políticas públicas de la investigación y de la innovación, o de redes tecno-económicas de innovación. De este modo, la representación de la ciencia en nuestra sociedad se acerca cada vez más a la práctica científica.

En el año 1975, Pierre Bourdieu introducía la noción de *campo científico* para designar un espacio relativamente autónomo, puesto que se rige por sus propias leyes, y que sin embargo está inmerso en la totalidad social: "Contrariamente a lo que deja pensar un constructivismo idealista, los agentes hacen los hechos científicos, y asimismo, en alguna medida, el campo científico, pero a partir de una posición en el campo que no han hecho y que contribuye a definir sus posibilidades e imposibilidades" (Bourdieu; 1997, 19).



Se recorta así un espacio en el que de modo conflictual se confrontan los problemas de la producción, distribución y circulación del conocimiento: grado de autonomía de las distintas disciplinas e instituciones, modalidad que adquieren las presiones externas (créditos, demandas, contratos), sistemas de reconocimiento (publicaciones, citas, referatos) mecanismos de resistencia, rupturas epistemológicas, etcétera.

En este campo agonístico, libre de una idea pura de la ciencia, cabe interrogarse sobre la generación de esas demandas que serían el objetivo de la investigación finalizada. Si una manera de responder esta pregunta pondría el foco en el modo como las mismas comunidades científicas intervienen en la producción de su propia demanda, conviene, sin embargo, posicionarnos en esa tensión entre la autonomía y la presión externa que supone un campo científico. Aquí podríamos señalar rápidamente algunas cuestiones a tener en cuenta en relación con las ciencias sociales en América Latina. 1) La realidad objetiva a la que todos se refieren de manera explícita o tácita es en definitiva aquello que los investigadores comprometidos en un campo en un momento determinado acuerdan en considerar como tal. (*Ibid.*, 26) La manifestación de esa objetividad en un campo disciplinar (tanto de las ciencias duras o blandas), se da a través de las representaciones de aquellos que invocan su arbitrio. En ese sentido las ciencias sociales pueden tener menor margen de autonomía respecto de la intervención política, pero no de objetividad. 2) Desde la perspectiva de la producción de conocimiento, es importante considerar que la internacionalización de la ciencia y la tecnología no consistió nunca en la extensión a todos los países del mundo de sus ventajas, menos aún en la participación conjunta en la producción y gestión de los conocimientos. 3) Un cierto reparto del

campo científico puede transformar a los científicos de los países periféricos en informantes (sabios pero informantes), y reproducir en el plano del conocimiento la clásica fórmula de la dependencia: exportar datos e importar teorías. La recepción crítica de demandas surgidas en un marco social globalizado -al que no escapa la producción científica- es precisamente una de las tareas de las ciencias sociales.

La ciencia social en América Latina ha tenido la coherencia de construir conocimiento a partir de sus propios problemas: el autoritarismo, la marginalidad, la crítica a un modelo liberal de democracia, figuran entre los temas que han dado lugar a la formulación de conceptos teóricos y análisis de casos, que confluyeron en la formulación de teorías arraigadas en la sociedad y con capacidad de dar respuestas singulares a los problemas sociales. En un reciente artículo, Guillermo O'Donnell (2007, 197) repasa algunos hitos fundamentales de esa producción científica, desde la CEPAL y las teorías de la dependencia, a la indagación sobre el Estado y las formas de la democracia, y muestra cómo en ese proceso, que no podía hacerse sino desde toma de posiciones y de debates ideológicos, se hizo teoría usando conceptos teóricos preexistentes, inventado otros, resignificando tradiciones políticas, dando lugar a textos "cuya intención era profunda, primordialmente política, y [...] también democrática".

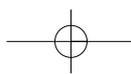
Una reflexión final sobre la relación entre ciencia y política en la coyuntura actual, merece tanto rescatar el valor de una ciencia social que se hizo al margen de las áreas de punta, con un compromiso ético y político que superó el escepticismo inicial de las agencias de financiamiento internacional, cuanto manifestar la necesidad de un debate intelectual y político de fondo sobre hacia dónde orientar el conocimiento en democracia. En este momento de desarrollo técnico de la

ciencia es tan imperativo tener en cuenta el impacto social de la investigación, y la responsabilidad de los actores en la articulación del conocimiento con las demandas sociales, como atender a los problemas del presupuesto para la ciencia, los criterios de reparto, y sobre todo al borramiento de las fronteras entre lo público y lo privado en el campo del conocimiento. CS

*Profesora de Filosofía y de Fundamentos de la Ciencia Política en la Carrera de Ciencia Política.

Bibliografía consultada

- Bourdieu, P. (1997) *Les usages sociaux de la science. Pour une sociologie clinique du champ scientifique*. París, INRA Ed.
- Delors, J. (1996) Rapport à l'Unesco de la Comisión internacional sobre la educación para el siglo XXI. *L'éducation, un trésor est caché dedans*. Odile Jacob-Unesco.
- Latour, B. (2001) *Le métier de chercheur, regard d'un anthropologue*, París, INRA Ed.
- O'Donnell, G. (2007) Ciencias Sociales en América Latina, Mirando hacia el pasado y atisbando el futuro, discurso de recepción del premio Kalman Silvert, LASA, Dallas 2003, reproducido en *Disonancias. Críticas democráticas a la democracia*, Buenos Aires, Prometeo.



Tecnociencia y mercado

por Andrés Carrasco*

Luego de las desafortunadas, pero no sarcásticas según alguna interpretación, declaraciones del Dr. Lino Barañao, sobre la necesidad de un cambio epistemológico que alejara a la investigación en ciencias sociales de la teología en la convicción de cierta superioridad del pensamiento "exacto" o "experimental", el ministro aseguró días más tarde que *"la generación de riqueza no es pecado, es una obligación moral"*, sin aclarar si esa obligación moral debe también tener en cuenta la justicia social.

Según estas palabras, hoy transformar la realidad no apunta a un mundo mejor, como cuando se concebía efectivamente al hombre como sujeto de la historia. Esta lógica excrecencia de la utopía baconiana o del neopositivismo, abandonó el sentido de progreso humanista que inspiró la Ilustración. Pero más preocupante aún, involucra una ruptura -que sostiene la hegemonía del imperio global- con la necesidad de comprender y preservar la naturaleza, los recursos naturales y la diversidad cultural.

Digámoslo claramente: en la globalización neoliberal, el modelo científico-tecnológico no se propone misión o propósito alguno dirigido al bienestar general, si no está subordinado al dinero y poder. Esta lógica despoja al conocimiento de su valor socio-cultural, lo reduce a la categoría de "mercancía", y niega todo posible pensamiento crítico, esencial para comprender el significado de la etapa neocolonial. Por eso la retórica que enuncia las virtudes del neoliberalismo propone que el aparato científico-tecnológico debe estar al servicio del de la rentabilidad del mercado siempre arropado en el silencio del no debate. Con un deslizamiento peligroso hacia lo autoritario. Ahora bien, si los científicos consideran virtuoso que el conocimiento que generan se transforme en productos ofrecidos en las góndolas del mercado, es porque comparten ese ingenuo o interesado optimismo de la utilidad auto-

mática, característica del neoliberalismo: "dejen hacer, dejen pasar, el dios mercado reconocerá a los suyos".

De ahí que la apelación a que los científicos deben ser sensibles y comprometidos con la sociedad, en realidad encierra una trampa conceptual. Adherir a un conocimiento a medida del mercado, es confundir intencionalmente sociedad con mercado.

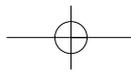
Dicho de otra manera, un verdadero compromiso del científico radica en el apoyo a una ciencia que promueva mayor equidad social y dé respuesta a las demandas de vida más plena, y no una política científico-tecnológica que consienta un plan de negocios a medida de los intereses económicos nacionales o extranjeros.

Por eso la actual tecnociencia pensada, conducida y apropiada por el mercado, no sólo es amoral sino que conduce a la falsedad de prometer más bienestar a la vuelta de la esquina mientras destruye dignidades y, si es necesario, al planeta. Como ya lo definió W. Benjamin *"todo acto civilizatorio es al mismo tiempo un acto de barbarie"*.

En verdad dicha tecnociencia se desarrolla integrando el conocimiento básico y sus aplicaciones y en todo desarrollo científico-técnico hoy inevitablemente se cruzan motivos, demandas innovativas de la industria, necesidades de nuevas tecnologías de guerra, inducciones para incrementar eficacias productivas que mejoren la renta, modas y percepciones variadas, factores que se combinan para sustentar el neocapitalismo globalizado.

Esto lleva a preguntar cuáles y dónde están las fuerzas que predominan y establecen las reglas en acuerdo tácito con la comunidad científica, que conducen la direccionalidad y los logros de los desarrollos disciplinarios en la ciencia actual.

Allí aparecen las iniciativas privadas, incentivando con mucho dinero la creación de nuevos productos para llenar demandas que son en realidad necesidades del mercado pero no de la gente,



y que se inscriben en un concepto de desarrollo que viene de la mano alienante del consumo.

Por eso estos intereses operan sobre la direccionalidad de los desarrollos disciplinarios y se muestran hegemónicos en una realidad fáustica digna del aprendiz de brujo de Goethe. Imponiendo competencias, dignidades que estallan, imperativos de éxito que inducen al fraude y que sacrifican la verdad posible en el altar de la velocidad del resultado. Induciendo criterios propios del mundo de los negocios en la lógica académica y en la búsqueda impúdica de recursos, reinado de la mediocridad y la infaltable ausencia de visiones críticas de la realidad.

Es un hecho que el conocimiento científico ha perdido gran parte de aquella noble misión de generar bienestar y justicia para las mayorías y trabaja para las minorías. Avanza, y en un juego perverso, luego trata de remediar los efectos indeseables propios de los avances.

Tecnociencia y ética

El neoliberalismo ha encontrado, en el debate ético, una forma de atemperar, frente a la opinión pública, los posibles efectos indeseables de la tecnociencia regulada por el mercado. Pretende alejar la discusión de lo político y de la participación social, como si bastara fundar una ética de la ciencia para tener una ciencia ética.

Alain Badiou definió con claridad el problema, cuando con sarcasmo dijo: *"ciertas palabras sabias, mucho tiempo confinadas a los diccionarios y a la prosa académica tienen la suerte o la mala suerte -como una solterona resignada que se transforma sin comprender por qué, en estrella de una fiesta- de salir de repente al aire libre de los tiempos, de ser plebis publicitada, impresa, televisada, mencionada hasta en los discursos gubernamentales. La palabra ética, que huele tanto a griego o a curso de filosofía que evoca a Aristóteles, está hoy bajo las luces de*

la escena" (Badiou, A., "La Ética", en Abraham, T., Badiou, A., y Rorty, R., *Batallas Éticas*, Siglo XXI, 1995).

El boom de la discusión ética en el espacio de la tecnociencia -en especial en las biociencias- aparece como árbitro "remediativo" de los posibles "daños colaterales". Todas las grandes empresas montan comités de ética con el objetivo de aparecer preocupados de lo conveniente o no conveniente para legitimar los desarrollos de su interés. Son formas de distracción. Propuestas remediativas que exculpan o justifican los efectos socioculturales de un desarrollo científico que ha expulsado la política de su análisis y discusión.

Un componente no menor en este juego es el propio investigador. El poder de la ciencia, al carecer de rostro, es un anónimo colectivo y el investigador se escuda en su "certeza de inocencia" para evitar asumir su responsabilidad. Mientras la responsabilidad del investigador se diluye, la ética reemplaza la discusión del plano político, proponiendo normativas rudimentarias que puedan, frente a los Estados y la opinión pública, balancear aquellos resultados no deseados de la tecnociencia. Esto permite legitimar el progreso científico sin cuestionar su origen y sentido y sostiene la fragmentación de la conciencia moral y política. Con ese margen la tecnociencia, que es un destino sin rostro, segrega su propia necesidad y se impone autoritariamente al cuerpo social pasando de lo "posible a lo real y de lo real a lo necesario" sin sustanciales cuestionamientos.

Con lo cual avanza sin necesidad de ningún escrutinio crítico previo y sin detenerse en su propio sentido, la ética adapta la sociedad a los cambios tecnológicos, ayuda a no tenerle miedo de crear un estado de benevolencia con el desarrollo tecnocientífico.

Hoy es evidente, que aun sacralizada, la tecnociencia no podrá resolver los verdaderos problemas humanos y con seguridad no construirá un mundo más justo, mientras sea diseñada a medida

del modelo neoliberal.

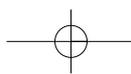
Tecnociencia y política

Este discurso impregnado en la Argentina, caracterizado como un falso "desarrollismo", reclama con urgencia que la lucidez prime sobre la eficacia y la dirección del sentido sobre la velocidad. La reflexión debe preceder al enunciado y no llegar tardíamente para remediar lo indeseable de los avances tecnológicos.

Los recientes anuncios de inversión en infraestructura (450 millones en cuatro años) serán ejemplo de cómo será el rumbo de las políticas científico-tecnológicas en nuestro país. Ya la Argentina comienza a reflejar la nefasta tendencia mundial del drenaje de los mejores cuadros de las universidades nacionales hacia "centros de elite", funcional a los intereses del sector privado como formas "económicas" de integrar el mundo de los negocios con la generación de conocimiento y disponer de instituciones más "abiertas" y "flexibles" que las universidades, para direccionar y ejecutar sus demandas tecnológicas. Obviamente que como en el caso del tren bala, todo el cuerpo social pagará estas inversiones, siempre para el beneficio de pocos. Este modelo es un modelo de privatización encubierta -que asegura la anulación de todo ámbito de cuestionamiento- y de disciplinamiento. Dos características centrales de la concepción privatista del espacio público.

Creemos que no son el mercado, la tecnología o incluso la ciencia quienes deben dictar cómo vive una sociedad. Que todo proyecto político no debe estar subordinado a ninguno de ellos. Creemos que hay que evitar ser reducidos a la animalidad natural, porque ése es el primer paso a la esclavitud, una amenaza a la que nos exponen los avances "civilizatorios" de la razón instrumental. ^[CS]

* Profesora de Embriología en la Facultad de Medicina (UBA).



Algunas preguntas pendientes

por Sergio Caletti *

Saludable la pequeña ristra de réplicas a las declaraciones del ministro de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva, Lino Barañao, aparecidas en medio de la calma de enero en un matutino de Buenos Aires.

El aspecto saliente, tal vez, haya sido la actualización de la sempiterna controversia respecto de ciencias sociales y naturales, blandas y duras. Es del todo comprensible y legítimo que la reacción haya sido rápida, lúcida y contundente (Borón, Giarraca, González, Grüner y otros) ante las barbaridades dichas por el ministro en relación con las ciencias sociales, su estatuto, su práctica y su(s) metodología(s), barbaridades que quiso corregir y que, en rigor, terminó ratificando en declaraciones a otro periódico capitalino.

Pero lo que resta de ese debate son algunas preguntas, de las cuales hay unas pocas que no quiero dejar de formular. Cada una de ellas podría considerarse un eje posible de debates que, por ahora, no han tenido lugar pero que cabría celebrar que también se diesen. Antes que nada y por decirlo rápido, ¿es la epistemología aquello sobre lo que debemos discutir con el ministro, o hay otros aspectos que deberían merecer nuestra atención? En segundo lugar, ¿debería acaso el ministro ser alguien competente en las novedades que los últimos cincuenta o sesenta años descargaron sobre la teoría del conocimiento y de la ciencia? Por último, ¿no hay voces que, desde la práctica de las ciencias naturales, puedan contribuir a democratizar el debate acerca de si efectivamente el software, la nanotecnología y la biotecnología deban ser las prioridades de la ciencia argentina, es decir, que contribuyan a transparentar las bases de tal decisión, su eventual acierto o su razón?

Respuesta provisoria a la pregunta uno: no, no es éste el centro de los debates necesarios; sería auspicioso, en cambio, que pudiésemos discutir de

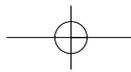
política científica, de la concepción y los caminos con que buscamos anudar el destino de la investigación científica y el futuro del país (no sólo su "desarrollo", como algún colega señaló oportunamente).

En verdad, es auspicioso que el ministro tenga una idea de cómo avanzar en la vinculación de la ciencia con el desarrollo productivo, de cómo comprometer a los capitales privados con la investigación tecno-científica, de cómo aprovechar ciertas líneas de investigación en curso para agregar valor y competitividad a la economía del país. Pero, ¿vamos a aceptar acaso que ésa sea *toda* la cuestión a definir en relación a las políticas del Estado para con la ciencia?

Más concretamente: el ministro puede, desde su oficina, volcar los recursos prioritarios de la agencia u otros organismos semejantes a la investigación tecno-científica que cumpla con aquellos requisitos. Pero es sabido que la porción principal de la investigación en el país se cumple en las universidades públicas (autónomas de cualquier organismo dependiente del Poder Ejecutivo). ¿Tiene algo que decirle el ministro a las universidades o tienen algo que decirle las universidades al ministro?

Respuesta provisoria a la pregunta dos: sería sin dudas mejor si, además de otras virtudes eventuales, el ministro también estuviese al tanto sobre los debates del último medio siglo. Pero deberíamos darnos por satisfechos si acaso tiene una noción de las posibilidades y estrategias para la promoción de la ciencia en el país que no esté atada ni a viejas camarillas ni a exigencias tecnológicas del mercado. Entonces, volviendo sobre el primer punto, ¿pone en juego el ministro una noción que satisfaga este requisito?, ¿de qué manera?

Dicho de otro modo: ¿hay algún otro lugar expectable para la llamada "ciencia" más allá de servir a la pro-



ducción de divisas?, ¿no deberíamos exigir de un ministerio del ramo precisamente una clara definición al respecto? ¿Borraremos la virtud que, creo, supone la creación de un Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva asumiendo que la primera (ciencia) se circunscribe por completo a la última de sus apelaciones (innovación productiva)? ¿Será necesario repetir hasta el cansancio cuál es el destino de la tecnología sin ciencia básica (e inútil), cuál es el destino de la ciencia aplicada y de la básica sin reflexión crítica y cuál el de la reflexión crítica sin la "teología" que tanto preocupa al ministro?

¿Será necesario, en medio de tantos vótores que el nuevo sentido común instalado profiere últimamente a la calidad del capital humano disponible en la Argentina, repetir cuál es el papel general de las humanidades y ciencias sociales en la formación de ese capital?

Respuesta provisoria a la pregunta tres: debería por cierto haber voces que desde las llamadas ciencias duras se preguntaran críticamente por las prioridades fijadas por el ministro, y sería realmente grave que no apareciesen; los argumentos del ministro finalmente se muerden la cola, porque todo ocurre como si los únicos que aparecen en condiciones de plantear un debate o un diálogo ante las afirmaciones que formula fuesen, ni más ni menos, quienes estudiaron mucha "teología", tal vez y por lo mismo, para el ministro, debates invalidados de antemano.

El filósofo de la ciencia Paul Feyerabend llegó a señalar en alguna ocasión (y con prolífico fundamento) que así como el siglo XIX había generalizado la separación de la Iglesia y del Estado, así debía procederse en la actualidad con aquél sustituto de la Iglesia que constituye hoy la ciencia. Y que su radical democratización pa-

saba por la puesta de sus cometidos en manos de la discusión pública universal. Feyerabend no contaba con que la discusión pública universal viniese cada vez más restringida en sus talentos y alcances por los dispositivos mediáticos, las nuevas corporaciones, y otras menudencias que preocupan a la teoría de la democracia. Pero el quid del asunto permanece: ¿por qué diablos software, nanotecnología y biotecnología y no otra cosa? ¿Qué opinan de eso las comunidades científicas comprometidas por la positiva y por la negativa? **CS**

* *Profesor de Teorías y Práctica de la Comunicación III en la Carrera de Ciencias de la Comunicación.*

ESPACIO

EDITORIAL 2008

NOVEDADES



Fronteras abiertas para el Mercosur
Una gobernanza con sentido estratégico y equidad social
Gloria Edel Mendicco
(compiladora)



Cuadernos de Margen
Tomo 1: Salud e intervención en lo social
Alfredo J. M. Carballeda
(coordinador)



Cuadernos de Margen
Tomo 2: Drogadicción y sociedad
Alfredo J. M. Carballeda
(coordinador)

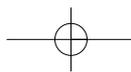


Paradigmas, debates, tensiones en políticas de niñez
Aportes para una transición
María del Rosario Varela



La adicción a las drogas
Su recuperación en comunidad terapéutica
Estela Mónica Cuatrocchi

Telefax: (0054) 4331-1945
e-mail: espacioedit@ciudad.com.ar
www.espacioeditorial.com.ar



Ciencia: autonomía o colonialidad

por Norma Giarracca*

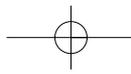
En las últimas décadas todos los espacios sociales, científicos, universitarios, artísticos y educativos -entre otros cuya enumeración podríamos continuar- han ido perdiendo autonomía relativa y profundizando la relación con "el mercado". Cuando se dice "mercado", en singular, se hace mención a un modo de organizar las sociedades bajo la hegemonía de fuertes intereses económicos que rigen los destinos del mundo; es lo que llamamos "neoliberalismo" cuyos ejes básicos giran alrededor de "la mercantilización" de todos los bienes tangibles y no tangibles así como cualquier espacio de la vida ¹. En este modelo de "mercado" los mundos sociales están fuertemente colonizados por una lógica que se desarrolla en función de los intereses de estos nuevos actores económicos que se denominan "corporaciones" ². Los derroteros y sufrimientos de las vastas mayorías mundiales -en América Latina, en Asia, África, los inmigrantes en los países centrales así como los sectores excluidos de EE.UU.- fueron englobados en esta nueva geografía dentro del concepto "pobreza" o "pobres" del mundo y se generó una parafernalia de políticas públicas diseñadas por los organismos internacionales como el Banco Mundial (BM) tendientes a "aliviarla" o "aliviarlos". Estos programas, sus expertos y las intervenciones constituyen otro de los pilares del modelo neoliberal.

Tanto las universidades como el sistema científico de la Argentina no han escapado a esta situación de "colonización" por parte del "mercado". Año tras año, los universitarios y científicos atentos observamos cambios en las políticas públicas del área pero también mutaciones en el tipo de prácticas permitidas o toleradas dentro de nuestras instituciones. Los primeros años del retorno de la democracia nos encontramos demasiado ocupados en re-fundar espacios de gestión, de enseñanza e investigación, de evaluación, etcétera. No obstante, la política de privatiza-

ción de estos espacios estaba en marcha y lo estaba vía mantenimiento de salarios muy bajos para los universitarios y científicos ³. Las condiciones de posibilidad para la instalación de un discurso tecnocrático y pragmático junto con las políticas del BM y de la Organización Mundial del Comercio (OMC) en materia de universidad, se estaban preparando (Véase Santos, Boaventura de Sousa, 2005).

Con un nivel bajo en los salarios de universitarios y científicos, en pocos años se legalizaban las políticas de convenios, asesorías y pasantías para los más jóvenes, que habilitan un proceso de fuerte dependencia con el mundo económico que, por otro lado, se concentraba y corporativizaba de modo notable mientras la desocupación y los niveles de pobreza aumentaban. Las llamadas "ciencias duras" y las facultades donde éstas se enseñan fueron estimuladas a orientarse a las necesidades de las empresas. Comienzan los tiempos de los convenios para trabajar, ofrecer servicios a la medida de las necesidades empresariales, ofrecerles mano de obra barata vía pasantías hasta llegar hoy, por ejemplo, al programa que el CONICET exhibe con orgullo -"in house"- que manda a los profesores e investigadores a trabajar dentro de las propias plantas industriales o a las instalaciones de los grandes inversores sojeros. (Informe de gestión 2002-2007, página del CONICET). Asimismo, el Ministro de Ciencia, Lino Barañao en uno de sus discursos del verano en un banco, recordó que el "conocimiento es riqueza" y propuso -directamente- que la universidad transforme el conocimiento en riqueza (Discurso en el Banco Santander Río, 20/2/08).

Las llamadas "ciencias blandas" fueron estimuladas a establecer convenios con el Estado o directamente con los organismos internacionales. De este modo -a veces desde la universidad o el CONICET y otras con contratos directos- muchos científicos sociales se



abocaron a todo lo referido a "la pobreza", "la participación", "el empoderamiento", "los cambios educativos", "las políticas sociales", etc., en los marcos conceptuales que "bajaban" los organismos y sus expertos internacionales.

Fueron los actores sociales con sus protestas y sus movimientos sociales quienes, durante los años noventa y en los bordes del siglo XXI, sacudieron a una parte importante de los científicos sociales y, de este modo, se recuperaba la iniciativa y se marcaba la agenda temática desde una perspectiva crítica. Hoy existen fuertes grupos de investigadores latinoamericanos conectados en redes como, por ejemplo, los Grupos de Trabajo de CLACSO, quienes marcan los temas y problemas de la región. Además, desde algunos de estos lugares se ha comenzado una interesante producción junto a latinoamericanos que trabajan en EE.UU. -Arturo Escobar, Ramón Grosfoguel, Walter Dignolo, etc.- y europeos -Emanuel Wallestein, Boaventura de Sousa Santos- desde una nueva mirada teórica-epistemológica acerca de la "colonialidad" (del poder y del saber) que resulta muy fructífera para interpretar no sólo nuestros pasados sino lo que ocurre en el presente, incluyendo el problema que nos ocupa (Ver Quijano, A., 2000; Santos 2000).

Estos cambios positivos después de la crisis de 2001-2002 son muy notables en las ciencias sociales pero no se vislumbran en las "ciencias duras". El gran cimbronazo que ocurría en toda Latinoamérica y en la Argentina en

particular por las crisis de todo tipo, no parece repercutir en las "ciencias duras". Mientras en México y Brasil los científicos crean foros y discuten, la ciencia argentina sigue complacientemente el camino iniciado anteriormente sin cuestionamiento de lo andado.

Algunos ejemplos de no-autonomía en la ciencia argentina

Las ciencias sociales de finales del siglo XX vinieron a cuestionar la vieja idea de la modernidad que separaba procesos científicos de sus consecuencias en el nivel social. (Véase Santos, Boaventura de Sousa, 2000). Es más, uno de los aspectos más cuestionados de la vieja ciencia que predominó hasta la segunda mitad del siglo pasado fue, precisamente, esta disociación entre procesos científicos y sus consecuencias sociales. La Ecología Política y organizaciones de científicos críticos en todo el mundo contribuyeron a este cuestionamiento. No obstante ello, las corporaciones económicas que intentan aumentar sus ganancias con los resultados tecnológicos de una ciencia a su disposición, hacen todo lo posible para que tales debates no aparezcan en estas batallas de sentidos que conforman nuestros mundos sociales, culturales y políticos. Quienes abonan los acervos discursivos del neoliberalismo hacen otro tanto.

La tecnología de semillas transgénicas aplicadas a la agricultura argentina desde 1996 tiene consecuencias sociales negativas. Esta información proviene de una "ecología de saberes": la ecología científica, las ciencias médi-

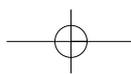
cas, las sociales, la experiencia de los productores, de los viejos y experimentados ingenieros agrónomos, etcétera. Son constatadas la aparición de la violencia contra las comunidades en el campo, la intoxicación de personas por la fumigación de glifosato, el aumento de la tasa media de enfermedades como el "cáncer" en pueblos agrícolas sojeros (véase Oliva y otros, 2007), cambios en los regímenes de lluvia que algunos expertos atribuyen a la devastadora deforestación. Pero a quienes ganan mucho dinero con esta nueva situación poco les importa estas consecuencias; son las reglas del juego del capitalismo.

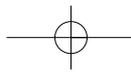
El Estado es el actor que debe regular, quien debe actuar por encima de los intereses sectoriales. No obstante, en nuestro caso es un socio importante de las transnacionales y exportadoras por medio de la recaudación de las retenciones a las exportaciones. La pregunta que cabe es qué pasa con los espacios que deberían ser más reflexivos, autónomos e independientes de los intereses económicos y de las políticas coyunturales recaudadoras del Estado, por ejemplo las instituciones destinadas a promover ciencia y técnica como el CONICET o la universidad. ¿Pueden estas instituciones recibir dinero de las corporaciones comprometidas económicamente con estos procesos? *Monsanto* es una transnacional paradigmática internacionalmente por obstruir con su poder económico las investigaciones y debates independientes. Hace unos años, la prestigiosa revista *The Ecologist* dedicaba un número a la

1- Maureen Mackintosh establece una diferencia entre "el mercado", en singular, como dispositivo ideológico comunicacional del neoliberalismo y los mercados reales, instituciones económicas ligadas a las necesidades de las poblaciones. (Mackintosh, 1990).

2- Existe una vasta bibliografía sobre los nuevos significados de estas grandes empresas -corporaciones- e incluso desde el cine documental se ha tratado de informar acerca de la naturaleza de estas firmas (véase *The Corporation*, un film de Mark Acchar, Jennifer Abbot y Joel Bakan).

3- Mostraba esta baja de salarios un artículo de mi autoría en el primer número de la revista *Sociedad*. Sostenía que si en 1985-86 el salario de un investigador del CONICET se reducía a un número índice 100, en 1987-88: fue 79; en 1989-90: 56; 1990-91: 48; 1991-92: 58. Eran índices de datos de salarios que recogía y seguía el economista Javier Lindemboin (Véase Giarracca, 1992).





transnacional y se encontró con una serie de problemas en la edición y luego en la distribución (las cadenas de quioscos WH Smith y John Menzies se opusieron a venderla por miedo a una denuncia de la gigantesca empresa de biotecnología). Fue uno de los números más leídos de la revista en Internet en una cadena de "resistencia" internacional de muchos actores, incluidos científicos de todas las disciplinas ⁴.

El CONICET argentino a fines de 2004 anunciaba orgulloso el inicio de un programa: "MONSANTO Argentina S.A. en forma conjunta con el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) establecen el Programa de Fomento al Desarrollo Tecnológico MONSANTO-CO-NICET instituyendo el Premio "Animarse a Emprender" en la edición 2004 en el área de Biotecnología y Medio Ambiente". Sin embargo, la revista *Ciencia Hoy* en un número de junio-julio de 2005, dedicado al modelo agrícola, reconocía que el país produce sólo el 2% de artículos científicos sobre soja, el resto se importa de los propios departamentos de investigación y desarrollo de las corporaciones semilleras. Entonces cabe preguntarse ¿por qué tanto interés de las corporaciones en financiar y premiar a los científicos del área?, ¿no se supone que existe una fuerte cuestión ética en relación, por ejemplo, con el CONICET que integra

como institución las comisiones de autorización de productos transgénicos? ⁵

El principal problema de la ciencia hoy se llama autonomía. Es decir, los recursos que los sistemas científicos y universitarios puedan manejar en beneficio de la sociedad en su conjunto y no en el de las corporaciones. Y es un problema institucional y no de responsabilidades individuales (existen colegas de todos estos espacios que sienten tremenda incomodidad por la situación).

En síntesis, de lo que se trata es de volver a generar espacios de autonomía científica en relación con los poderes económicos y políticos. Para que la ciencia pueda pensarse a sí misma, para que entre en diálogo con críticas que provienen de los nuevos paradigmas del pensamiento social. Ello se garantiza a través de un presupuesto estatal adecuado y digno y, además, se logra con una actitud clara y crítica a los pilares del neoliberalismo en la materia. Por eso hoy, en la Argentina, parece muy difícil conseguirla. No obstante desde la universidad pública debemos seguir batallando para lograrla. En el proceso mismo se logran cambios y se fijan diferencias con el discurso oficial de la "ciencia neoliberal". ^[6]

* Profesora de Sociología Rural y del seminario de Movimientos Sociales en la Carrera de Sociología

Bibliografía citada

- Giarracca, Norma (1992) "Algunas reflexiones sobre las ciencias sociales y la investigación en los espacios académicos públicos" en *Sociedad* N° 1, Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales.
- Mackintosh, Moreen (1990) "Abstract market and real needs" en Ed. Henry Bernstein, *Food Question, profit versus people*, New York, Monthly Review Press.
- Santos, Boaventura de Sousa (2005) *La Universidad en el siglo XXI. Para una reforma Democrática y Emancipatoria de la universidad*, Bogotá, Plural Editores.
- Santos, Boaventura de Sousa (2000) *A crítica da razão indolente contra o desperdício da experiência. Para un novo senso comun*, São Paulo, Cortez.
- Oliva, A. y otros (2007) "Identificación de relaciones entre salud rural y exposiciones a factores ambientales de riesgo en la Pampa Húmeda, Argentina". Rosario, *Informe de Investigación*.
- Quijano, Aníbal (2000); "Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina", en Lander, E. (comp.) *La colonialidad del saber. Eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, CLACSO.

Revistas

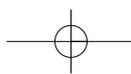
- *Ciencia Hoy* Volumen 15 N° 87 "La transformación de la agricultura argentina", Buenos Aires, 2005

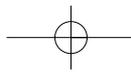
Internet

- CONICET: www.conicet.gov.ar
- Revista The Ecologist: www.theecologist.net
- CONABIA: www.sagpya.mecon.gov.ar/new/0-0/programas/conabia/

4- Por otro lado están las derivaciones de tipo ético de las prácticas económicas de la empresa. El herbicida conocido como Agente Naranja -usado por las fuerzas militares de los EE.UU. para defoliar los ecosistemas de selva tropical de Vietnam- provenía de varias fuentes, pero el Agente Naranja de Monsanto tenía concentraciones de dioxina muchas veces superiores al producido por Dow Chemical, el otro gran productor del defoliante. Por esta razón la empresa Monsanto fue el principal acusado en la demanda interpuesta por veteranos de la guerra del Vietnam, que experimentaron un conjunto de síntomas de debilidad atribuibles a la exposición al Agente Naranja. Un acuerdo de indemnización de 180 millones de dólares en 1984, centró la mayor responsabilidad en Monsanto que debió pagar el 45,5% del total (más información en *The Ecologist*, en Internet).

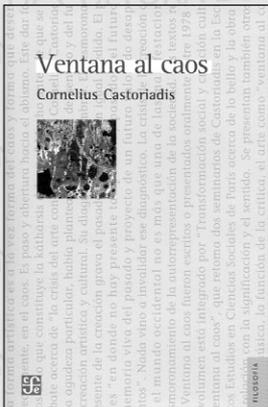
5- "La CONABIA (Comisión Nacional de Biotecnología Agropecuaria) está constituida por representantes de los sectores público y privado involucrados en la Biotecnología Agropecuaria. [...] La normativa argentina está basada en las características y riesgos identificados del producto biotecnológico y no en el proceso mediante el cual dicho producto fue originado. En otras palabras, la normativa se aplica a los productos genéticamente modificados en función de sus características, contemplando, en cuanto a los procedimientos empleados para su obtención, sólo aquellos aspectos que pudieran significar un riesgo para el ambiente, la producción agropecuaria o la salud pública..." (Página de Internet de la CONABIA).



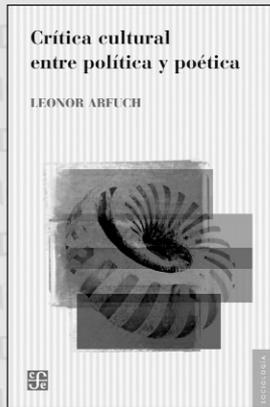


FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

NOVEDADES



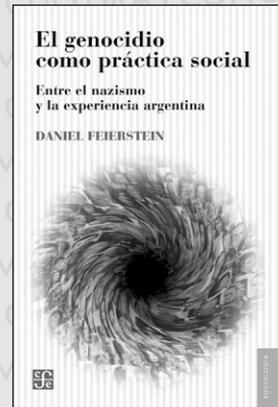
Ventana al caos
CORNELIUS CASTORIADIS



Crítica cultural entre política y poética
LEONOR ARFUCH



Mestizajes
De Arcimboldo a zombi
FRANÇOIS LAPLANTINE
ALEXIS NOUSS



El genocidio como práctica social
Entre el nazismo y la experiencia argentina
DANIEL FEIERSTEIN



Fascistas en América del Sur
EUGENIA SCARZANELLA
(compiladora)



Argentina, 1976
Estudios en torno al golpe de Estado
CLARA E. LIDA,
HORACIO CRESPO
y PABLO YANKELEVICH
(compiladores)



La economía política argentina: poder y clases sociales (1930-2006)
MÓNICA PERALTA RAMOS



Pensamiento de los confines
núm. 21



www.fce.com.ar

